

**ROMEO FLORES
CABALLERO**



**CAMBIOS
O
REAJUSTE
EN EL
SISTEMA
INTERNACIONAL?**

Uno de los aspectos más sorprendentes del actual orden internacional está determinado por el proceso vertiginoso del cambio y por la capacidad de las naciones del mundo para enfrentarse a este fenómeno con éxito. Para muchos observadores distinguidos el sistema contemporáneo está en crisis y los países hegemónicos que lo dirigen no han sido capaces de instrumentar los mecanismos que el cambio requiere.

Parte de la explicación de este proceso radica en que el peligro de la amenaza de confrontaciones bélicas que prevalecía entre los países más poderosos, comenzó a distensionarse para permitir un nuevo tipo de relaciones basado primordialmente en las cuestiones económicas. Los países más industrializados acordaron, desde la década de los sesenta, que para mantener inalterable el *status quo* internacional y el sistema de dominación-dependencia que encabezaban, era necesario lograr la conquista de mercados y, con ellos, hacer posible la colocación de sus mercancías, sus capitales y su capacidad técnica, financiera y tecnológica. Con ello permitirían la incorporación de otros países —una especie de clase media internacional— que pudiera cumplir funciones de mediatización y dar la impresión de que entre ellos y los países del Tercer Mundo poco afectaría su situación de superpotencias.

La primera decisión adoptada por los países industrializados consistió en lograr la firma de acuerdos de carácter económico, especialmente comerciales, entre ellos, dejando de lado anteriores rivalidades y diferencias ideológicas de los sistemas políticos a que pertenecían. Después surgirían nuevos países y habrían de formarse nuevas asociaciones y agrupaciones de países que comparten problemas semejantes derivados tanto de su posición geográfica como por su condición de dependientes de economías ajenas a sus propios programas de desarrollo.

La estrategia de las asociaciones, bloques y naciones emergentes del Tercer Mundo, por su parte, consistió, en una primera instancia, en diseñar y hacer operativos, mecanismos que permitieran adquirir la cohesión interna necesaria para adaptarse al nuevo orden que les planteaban los países industrializados. Esto condujo a la creación de nuevos bloques y al fortalecimiento de asociaciones regionales ya existentes que obligaron, a su vez, al reconocimiento de la existencia de una multipolaridad en todos los órdenes y a una creciente interdependencia entre los países más desarrollados y los menos industrializados.

En estas circunstancias, el Tercer Mundo adquirió conciencia de la importancia que representaban sus productos primarios para las economías de los países industrializados, e inició un programa para defender sus precios en el mercado mundial. El éxito relativo de estas medidas reveló la vulnerabilidad del sistema bipolar. Los países en vías de desarrollo descubrieron que la política exterior formaba parte sustancial de la política interna; y que de su buen manejo dependería el aumento de las divisas para mejorar las

condiciones de vida de sus propios pueblos.

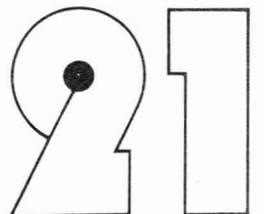
Entonces, la estrategia cambiaría de *la adaptación al cambio* por la *participación en el cambio*. El éxito de los miembros de la OPEP y de otros países productores de materias primas mostró claramente las fisuras de los sistemas de las naciones industrializadas e inició una nueva etapa en las relaciones entre los países del Tercer Mundo y las grandes potencias. Estaba claro que la estabilidad económica y política de los desarrollados dependería también de los energéticos, los minerales y los productos agropecuarios del Tercer Mundo.

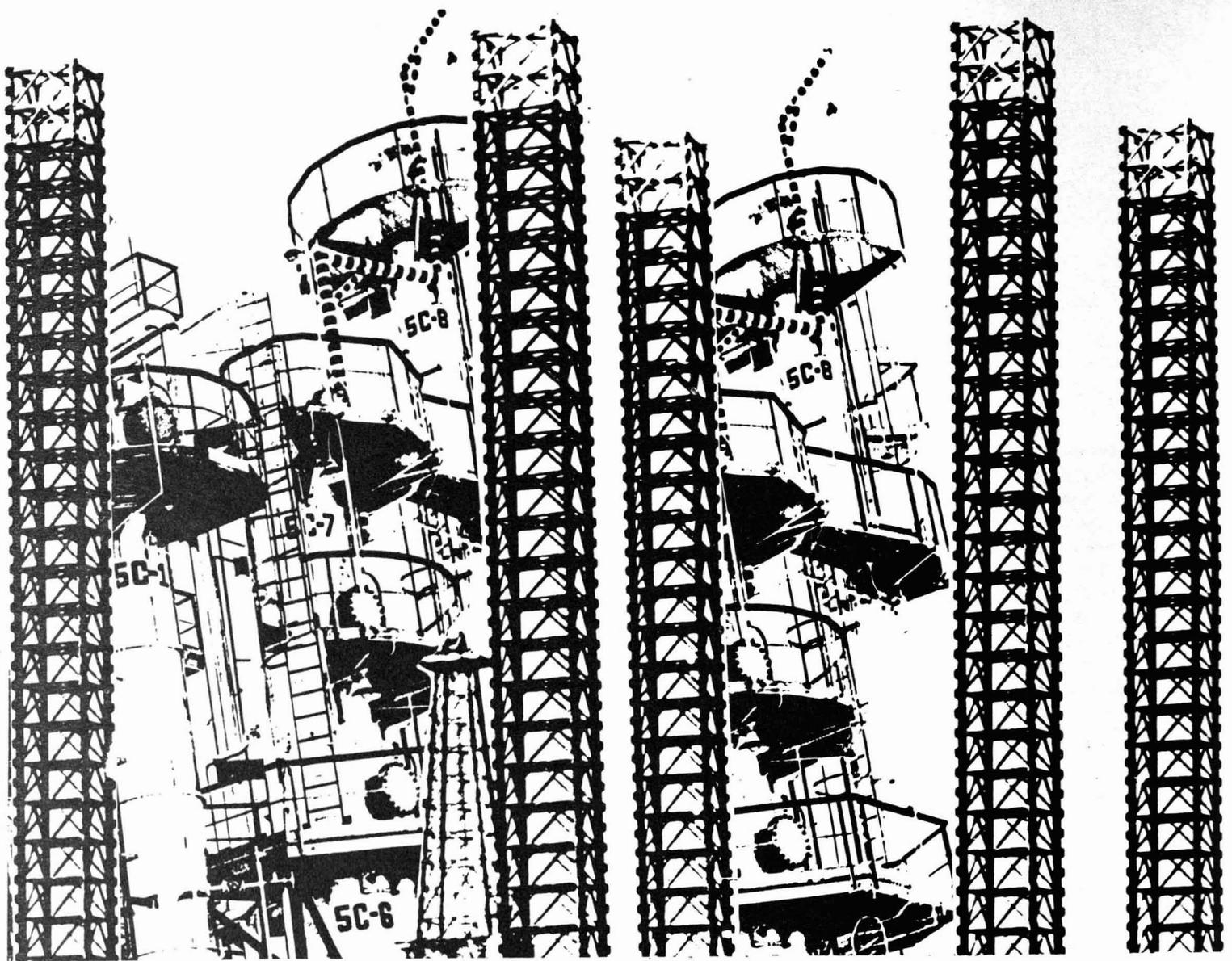
Sin embargo, se hizo evidente que una buena parte de la explotación, comercialización y distribución de las materias primas descansaba en las manos de empresas transnacionales que, movidas exclusivamente por el afán de lucro, intervenían en los asuntos internos de los países débiles y reducían su capacidad de negociación. Con ellas los países industrializados intentaban minimizar la importancia de las reuniones, los acuerdos y las decisiones de los países en vías de desarrollo. Era necesario, entonces, replantear la situación internacional en virtud de la nueva identidad.

La oportunidad para reconsiderar la posición del Tercer Mundo frente a las políticas económicas agresivas de los países desarrollados, principalmente en el área financiera, empresarial y tecnológica se presentaría en la III Reunión de la UNCTAD celebrada en Santiago de Chile en 1972. Allí se reconoció la necesidad de internacionalizar los problemas particulares o, si se quiere, se aceptó que los países del Tercer Mundo eran víctimas de problemas similares que sólo podrían resolverse de lograr que se definieran políticas uniformes y conseguir la unidad y solidaridad necesarias para enfrentarse en bloque en defensa de sus economías.

Así lo entendieron los 120 países que firmaron la Carta de Derechos Económicos de los Estados en diciembre de 1974, donde se establece la libre disposición de los recursos naturales; el respeto al derecho de cada país para definir la estructura económica que le convenga; la defensa común frente a las presiones económicas que afectan la soberanía de los Estados; la reglamentación a que habrán de sujetarse los inversionistas extranjeros; los acuerdos que garanticen la estabilidad y el precio justo de las materias primas en el mercado mundial; la transmisión adecuada de los avances de la ciencia y la tecnología, y la destinación de mayores recursos para el financiamiento del desarrollo a largo plazo, con bajos tipos de interés y sin ataduras.

Este marco general de referencia sirvió para que los países del Tercer Mundo formaran asociaciones de países productores de bienes similares y dictaran tanto las políticas de comercialización y distribución como los precios a observar en el mercado mundial. En todo esto, no se trata de forzar un enfrentamiento entre los países superindustrializados, casi todos ubicados en la parte norte del globo, con los países subdesarrollados, ubicados en la parte sur,





sino de lograr mejores condiciones más justas y equitativas para los pueblos del Tercer Mundo y cambiar la orientación del comercio de tal manera que se pudieran intercambiar productos de Oriente a Occidente, para lograr una mejor distribución de la riqueza.

La historia de la lucha de los países del Tercer Mundo por obtener mejores condiciones de vida para sus pueblos ha sido larga y frustrante. Los éxitos logrados hasta ahora se reducen a un pequeño grupo de países productores de energéticos y productos agrícolas como el azúcar.

Todavía los países en desarrollo habrán de enfrentarse a los problemas graves derivados de la inflación —recesión— depresión que se iniciara en Estados Unidos a partir de 1973 y que se ha extendido a todo el mundo occidental, obligando a los países industrializados a cambiar su estrategia frente al nuevo orden internacional. El éxito relativo de la reestructuración de los organismos regionales, sin la presencia de las grandes potencias, los ha obligado a diseñar presiones políticas agresivas cada vez más fuertes en contra principalmente de los países débiles para evitar la consolidación del Tercer Mundo.

Donde quizá se han visto más claramente los efectos del problema ha sido en Estados Unidos. Aquí, los efectos se agudizan si se relacionan con la crisis de credibilidad de sus prácticas políticas derivadas del escándalo Watergate. La situación, por lo tanto, es alarmante tanto por la inflación como por la recesión que trae aparejado al desempleo que superará este año de 1975, al 82

por ciento, como por el déficit de la balanza comercial que superará a los 25 mil millones de dólares.

Este país debido a la posición de los países del Tercer Mundo y a la política petrolera de los países árabes ha iniciado la reconsideración de su política internacional con la misma energía con que se enfrentó a la crisis cubana de 1962. Sin embargo, en el análisis del cambio se advierte que las condiciones de entonces ahora son distintas. La diferencia primordial estriba en el hecho de que Washington se había acostumbrado en los últimos años a manejar crisis por crisis y ahora se le presentan varias al mismo tiempo. No sólo esto, ahora no se puede hablar de un problema prioritario sino de la relación existente entre ellos, de tal manera que la solución de la crisis general se ha de plantear en paquete, por así decirlo.

Por el momento los Estados Unidos han iniciado su estrategia para enfrentarse al nuevo orden internacional. Por una parte, intentan fortalecer su economía interna mediante la expedición de la Ley de Comercio discriminatoria y unilateral que, si bien no resuelve su problema económico, afecta seriamente a los países que tienen una alta tasa de intercambio comercial con ellos. Esto es particularmente importante porque el Poder Ejecutivo de Estados Unidos, además de adoptarlo como una medida excesivamente proteccionista, se reserva el derecho de utilizarla como un instrumento de presión política en el mundo, con el pretexto de cuestiones económicas o ideológicas.

Por otra parte, ha delegado en los países árabes la exclusiva responsabilidad de la crisis de energéticos, la inflación y con ella la crisis financiera mundial; sin considerar que los cien millones de petrodólares que han invadido el mercado mundial han sido neutralizados por los países desarrollados del mundo occidental con una simple operación contable derivada de la revaloración del oro. Esto, a su vez, explicaría la intención de los países árabes por acordar una nueva política monetaria uniforme entre ellos tendiente a adoptar una moneda común.

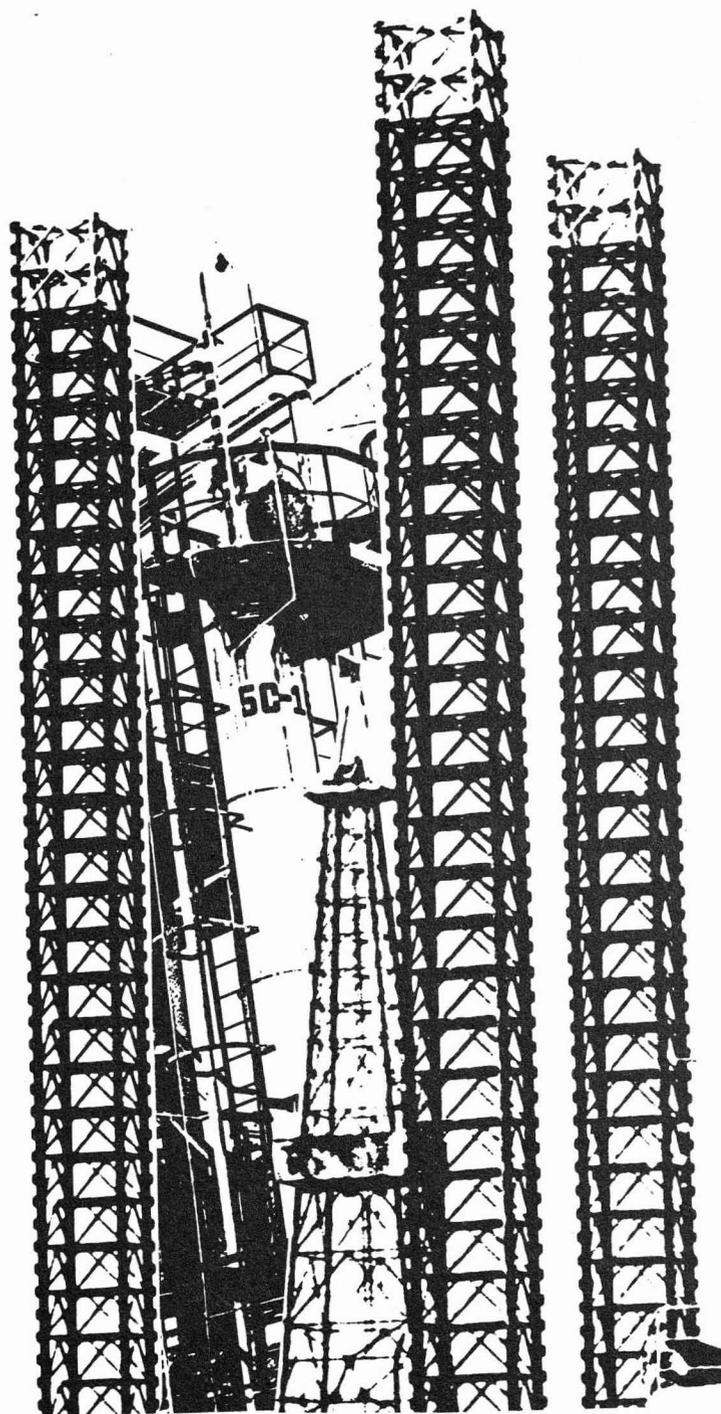
Una tercera acción de los países industrializados del mundo occidental consiste en proporcionar ayuda a los países europeos más afectados como Inglaterra e Italia mediante aportaciones de aquellos países que mejor han soportado la crisis como Alemania Federal y Holanda y, también con la ayuda directa de los Estados Unidos y de los petrodólares. Con esto Estados Unidos podría asegurarse la dependencia económica de Europa y estar en condiciones de continuar su estrategia.

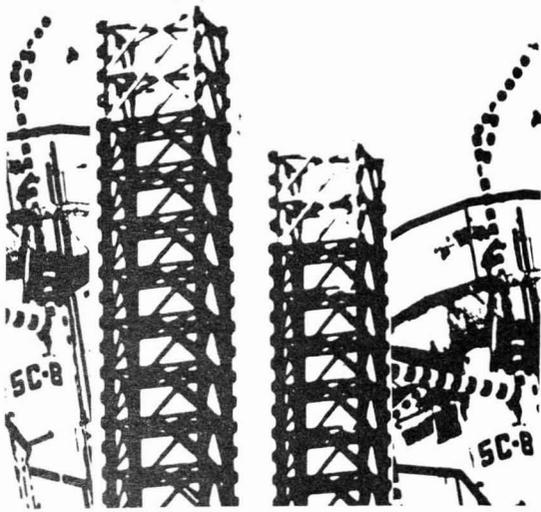
La cuarta fase parece ubicarse más en los métodos de la guerra fría al agudizar la amenaza de invasión a los países del medio oriente, la intensificación de la guerra en Viet Nam, Cambodia y la venta de armas a los países del medio oriente.

Estados Unidos advierte que su influencia en el mundo decrece y que se le escapa el control de las reglas del juego. Por esta razón siente amenazados sus "intereses vitales" y está dispuesto a dar la batalla en la manera tradicional. El enfrentamiento no es sólo con la OPEP o con la Unión Soviética y China sino con cualquier país o asociaciones de países que afectan este interés vital. En este caso se encuentran la mayoría de los países del Tercer Mundo, México entre ellos. Es razonable pensar que la intervención militar debería ser la última alternativa de Washington para resolver su crisis. Pero es evidente que recurrirán a ella si logran convencer a su opinión pública y a la opinión mundial de las bondades de tal determinación.

La combinación de medidas de política interna y de políticas internacionales por parte de Estados Unidos significa que, fuera de la agresividad tradicional, están dispuestos a intensificar una decidida estrategia defensiva frente al cambio. Tal ha sido el sentido de la expedición de la Ley de Comercio Exterior.

Así lo indican la ejecución de medidas discriminatorias en contra de países que realicen prácticas desleales a juicio del gobierno de Estados Unidos tales como: a) reglamentar los derechos antidumping y los derechos compensatorios; b) otorgar facultades al Ejecutivo para imponer restricciones a las importaciones de países que impongan restricciones a la exportación de materias primas, productos semielaborados y manufacturados que afecten a los Estados Unidos; así como: c) otorgar preferencias arancelarias a algunos países en desarrollo; d) señalar la lista de los países beneficiados, excluyendo a los países denominados por el





comunismo, miembros de la OPEP, que se asocian para mejorar los precios de sus productos y que causen daños a la economía mundial, que han nacionalizado o expropiado bienes de ciudadanos estadounidenses sin la correspondiente compensación, y que no tomen las medidas adecuadas para evitar el tráfico de narcóticos.

El gobierno de Estados Unidos esperará el desarrollo de algunas reacciones a estas decisiones, antes de dar el siguiente paso. Conscientes de la enorme importancia de su mercado para los países de Europa, Japón y los países del Tercer Mundo, están dispuestos a negociar nuevos acuerdos comerciales sobre los principios de la bilateralidad y no dentro de la pluralidad que sugiere el nuevo orden. Sólo de esta manera podrán asegurarse las alianzas necesarias y el abastecimiento de materias primas en este momento de crisis que tanto les afecta, para continuar a la cabeza del orden internacional contemporáneo.

Mientras tanto casi todos los países del Tercer Mundo han reaccionado en contra de este exceso proteccionista de parte de Estados Unidos. El rechazo a la Ley, con excepción de algunas naciones afectadas seriamente por la crisis y dependientes de los Estados Unidos, ha sido unánime. La Unión Soviética, a pesar de las preferencias arancelarias a su favor, deploró la Ley por considerarla intervencionista en sus asuntos internos.

Este fue el objetivo de la conferencia de Karochi de enero de 1975 en donde se discutieron la crisis económica internacional y la estrategia que abarca los países del Tercer Mundo. En ella aprobaron la declaración de Santiago para continuar los esfuerzos de una "revolución intelectual" tendiente a destruir la dependencia de los países del Tercer Mundo y realizar los cambios estructurales que requiere el llamado nuevo orden internacional y acordaron la formación del Foro del Tercer Mundo sobre bases permanentes.

Asimismo, en esa ocasión, reconocieron entre otros factores que la crisis mundial no es "normal" ni consecuencia del boom petrolero; propusieron la creación de asociaciones de productores, una mayor participación en el financiamiento internacional, la eliminación de contratos desfavorables otorgados a empresas transnacionales y la creación de un Banco del Tercer Mundo con capital de los miembros de la OPEP.

Un propósito similar a la reunión de Karochi tuvo la Conferencia de Materias Primas de los países no alineados celebrada en Dakar a principios de febrero. En ella se acordó concretamente aumentar el número de las asociaciones de los países productores; controlar la comercialización de las materias primas; crear stocks reguladores para defender los precios de las materias primas; responder solidariamente a cualquier agresión a países o asociaciones de países del Tercer Mundo; adoptar el principio de que las asociaciones de productores sean consideradas como elemento decisivo en la lucha del Tercer Mundo y realizar ajustes entre las políticas de producción, de industrias de transformación, de co-

mercialización y los objetivos de liberación económica.

Finalmente, para demostrar sus intenciones se pronunciaron en contra de la Ley de Comercio de Estados Unidos calificándola de "coercitiva y discriminatoria" así como violatoria de los principios de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados.

Esfuerzos similares se realizan a través de asociaciones de países como la Organización de la Unidad Africana fundada en 1963 y que en su vigésima cuarta reunión acordó intensificar la cooperación con los países árabes; alentar la reanudación de las relaciones con Portugal; erradicar el colonialismo e intensificar la Unidad Africana con el fin de participar más activamente en los programas de cooperación internacional.

Por su parte los 103 países que integran el llamado "Grupo de los 77" realizó en febrero una reunión con el fin de considerar el Plan de Acción sobre Desarrollo Industrial y Cooperación que habrán de defender en el seno de las Naciones Unidas. Dicho plan coincide con los acuerdos de los países productores de materias primas celebrado en Dakar en cuanto al derecho que tienen para nacionalizar industrias e inversiones foráneas; establecer carteles de materias primas; crear un fondo proveniente de los países árabes para financiar al Tercer Mundo; exigir a los consorcios que observen los principios de la Carta en lo relativo a transferencia de ciencia y tecnología y aumentar la participación de sus miembros a la Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial.

Asimismo se intensifican los trabajos para lograr la consolidación del Sistema Económico Latinoamericano con el propósito de llevar a la práctica políticas sectoriales; defender los precios de los productos de exportación; establecer un bloque común frente a presiones económicas de países o empresas extralatinos y romper con los términos de dependencia que caracterizan a la región y que, hasta el momento, no han resuelto los organismos internacionales existentes como la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, El Pacto Andino, el Mercado Común Centroamericano y la Comunidad Económica del Caribe.

Es de esperar que los países industrializados continuarán su estrategia para mantener inalterable el status quo internacional, mediante decisiones como la Ley de Comercio Exterior de Estados Unidos o el Convenio de Cooperación entre la Comunidad Económica Europea y 46 países de Africa, el Caribe y el Pacífico, entre otras, así como intensificar las divergencias existentes entre los países menos desarrollados.

Sin embargo, la estrategia de los países del Tercer Mundo no deberá limitarse al diseño de medidas defensivas ante las amenazas externas, sino que deberá transformarse en una política agresiva permanente con el objeto de lograr una participación más efectiva en los cambios de la economía mundial y, con ello, una mejor distribución del ingreso en beneficio de sus pueblos.